

Los códices mayas

● Antonio Benavides C.

Sabemos que los mayas antiguos usaron corteza de papel de amate (*Ficus* sp.), árbol coloquialmente conocido en la península yucateca como copó, para elaborar documentos a lo largo del periodo Clásico (250-900 d. C.). Las imágenes de esos libros pueden verse en vasijas polícromas o representados en figurillas como aquella procedente de Jaina (Sotelo et al 2015) (Fig. 1).

Esos manuscritos estaban doblados a manera de un pequeño biombo y contaban con cubiertas de madera forradas de piel de jaguar. Eran objetos propios de las cortes reales, en donde se elaboraban, se escribían y estudiaban. Las fuentes escritas de los siglos XVI y XVII registraron que los pobladores de la península yucateca y del norte del Petén tenían libros de historia, profecía y astrología.

Que escribían sus libros en una hoja larga doblada con pliegues que se venía a cerrar toda entre dos tablas que hacían muy galanas, y que escribían de una parte y de otra a columnas, según eran los pliegues; y que este papel lo hacían de las raíces de un árbol y que le daban un lustre blanco en que se podía escribir bien... (Landa 1966: 15).

Fig. 1. Personaje femenino procedente de Jaina.



En tiempo de su infidelidad tenían los indios de Yucathan libros de cortezas de árboles, con un betún blanco, y perpetuo, de diez y doze varas de largo, que se cogían doblándolos como un palmo. En estos pintaban con colores la cuenta de sus años, las guerras, inundaciones, huracanes, hambres y otros sucesos... (López de Cogolludo 1957: Libro IV, Cap. V: 185) (Fig. 2).



Fig. 2. Códice de París.

Desafortunadamente los ejemplos concretos de esos libros o códices que han sobrevivido hasta nuestros días son unos cuantos. Algunos factores que han incidido en ello son la humedad, la temperatura y el paso del tiempo sobre esos materiales frágiles; por otra parte, debemos mencionar su destrucción intencional al considerarlos objetos demoniacos o poco acordes con la tradición cristiana.

Por ello sólo se han conservado tres códices mayas; mismos que llevan los nombres de las ciudades en las que se encuentran: Dresde, Madrid y París (Fig. 3). Los tres han sido fechados para el periodo Posclásico (1000-1500). A estos manuscritos podría sumarse un cuarto códice, aquel originalmente descrito por Robert Smith (1937: 216-217), investigador de la Institución Carnegie, que participó en las excavaciones del Grupo A de Uaxactún, en el norte de Guatemala.

Como parte de una ofrenda funeraria se recuperaron varios fragmentos de lo que se identificó como un libro de papel de corteza con escritura jeroglífica y varios colores. Los elementos hoy se encuentran en el Museo Peabody de la Universidad de Harvard (inventario número 33-99-20/3468) y fueron analizados con luz de varios espectros por Nicholas Carter y Jeffrey Dobereiner (2016), de dicha institución. Los resultados de esos estudios confirman su identificación como fragmentos de papel de corteza cubiertos con una del-



Fig. 3. Códice de Dresde.

gada capa de estuco sobre la que se aplicó escritura e imágenes en varios colores.

De hecho, se hallaron dos capas de estuco pintadas con diseños distintos, mostrando así que el documento fue remozado y repintado en la antigüedad. Esa información había sido reportada para códices no mayas y para pintura mural del Clásico Tardío, de modo que ahora sabemos que desde tiempos previos los mayas participaban de una tradición común a otros pueblos mesoamericanos.

Los vestigios del códice de Uaxactún estaban asociados a un entierro del siglo V o VI de nuestra era. El individuo era un anciano, se halló en posición flexionada y fue depositado en una cripta de mampostería con piso de estuco, sobre un eje nortesur. Si bien tuvo pocas ofrendas, su relevante estatus social lo indicó una espina de mantarraya, una cuenta de jade, un objeto de estuco y los fragmentos del manuscrito. Las notas de campo señalan que los glifos estaban pintados con negro sobre fondo verde o rojo.

Actualmente se conserva un fragmento de estuco de 30 mm en su parte más ancha, varias escamas de menos de 5 mm de ancho y docenas de pequeñas piezas con diámetros de 1 mm o menos de anchura. Se ha perdido el papel de corteza y los fragmentos de estuco sobrevivientes no conservan glifo alguno o partes visibles de ellos a simple vista.

Dadas las condiciones anteriores, se optó por analizar los frá-

giles fragmentos referidos con varios espectros de luz y lentes de aumento bajo luz blanca, infrarroja e infrarroja fluorescente. A pesar de las pobres condiciones de conservación, fueron evidentes las dos capas de estuco. La primera capa mostró sectores grises y sectores rojos, estos últimos con partículas reflejantes que sugieren pueden ser cinabrio o bien hematita especular. La segunda capa tuvo sectores verdes y sectores negros, éstos últimos ricos en carbón.

La costumbre de enterrar manuscritos con aquellos especialistas que los utilizaron fue descrita desde el siglo XVI: *Enterrábanlos dentro de sus casas o a las espaldas de ella, echándoles en la sepultura algunos de sus ídolos; y si era sacerdote, algunos de sus libros...* Landa (1966: 59). Por lo visto, la evidencia arqueológica extiende dicha práctica cuando menos al Clásico Temprano.

Las tablas de Venus en el Códice Dresde contienen anotaciones calendáricas aparentemente hechas después de elaborar el documento y efectuadas para asegurar el uso futuro de las tablas, dado que las fases observables de Venus cambiaban con respecto al año Haab de 365 días (Merrill 1947). Pero esas anotaciones complementaron la información previa en lugar de reemplazarla.

Por otra parte, si bien el Códice Madrid fue elaborado por nueve escribas que aprovecharon textos mayas y del centro de México más tempranos, ocupándose de diversos temas religiosos y astronómicos, no existe



Fig. 4. Códice de Madrid.

evidencia de que los autores alteraran secciones previas del código (Lacadena 2000: 45; Hernández y Vail 2010) (Fig. 4).

Los resultados del estudio practicado a los fragmentos de código de Uaxactún ilustran el gran potencial del análisis multiespectral para revelar información de documentos prehispánicos que de otra forma no serían visibles. El análisis futuro de esos frágiles vestigios estará enfocado a identificar la composición química del estuco, de las tintas y los pigmentos. También es importante decir que aún sin tales estudios, los componentes del entierro A6 de Uaxactún aportan información relevante acerca de las prácticas mortuorias y escriturarias de los mayas del Clásico Temprano.

Finalizamos comentando que el análisis científico de los materiales prehispánicos ayuda también a resolver incógnitas como el de las falsificaciones. En el pequeño mundo de los códigos mayas ha habido personas que alegan la autenticidad de un manuscrito denominado Grolier. Fue llamado así por haber sido exhibido originalmente (tras su supuesto saqueo de México) en el Club Grolier de Nueva York a fines de los 1960s. Su análisis ha incluido la identificación de los signos usados para indicar meses y días; la caligrafía empleada; la base o soporte sobre el que están elaborados; la policromía; los motivos representados, etc.

Sin embargo, se carece del contexto arqueológico del cual se supone provino. Si bien el papel

sobre el que está pintado ha sido fechado en 1230 d.C., varios especialistas como Eric Thompson, Laura Sotelo o Claude Baudez (2004: 49), indican que es copia parcial del calendario venusino contenido en el Códice Dresde, además de algunas incongruencias iconográficas. Los pigmentos usados en glifos e imágenes tampoco han sido fechados.

Un análisis no destructivo del manuscrito Grolier usando rayos UV, partículas de rayos X y espectrometría encontró pigmentos orgánicos, pero no pudo determinar la fuente del color azul. Los patrones de degradación, las manchas y los cortes en puntos específicos tampoco han podido explicarse satisfactoriamente (Ruvalcaba et al 2007).

Referencias bibliográficas

Baudez, Claude-Francois. 2004. Una historia de la religión de los antiguos mayas. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM y CEMCA. México.

Carter, Nicholas P. y Jeffrey Dobereiner. 2016. "Multispectral imaging of an Early Classic Maya codex fragment from Uaxactun, Guatemala" en *Antiquity* 90 351 (2016): 711-725. Antiquity Publications Ltd.

Hernández, C. y G. Vail. 2010. "A case for scribal interaction: evidence from the Madrid and Borgia group Codices", en Vail y Hernández (eds.) *Astronomers, scribes, and priests: intellectual interchange between the northern lowlands and highland Mexico in the Late Postclassic period: 333–66*. Dumbarton Oaks Research Library and Collection. Washington

Lacadena García-Gallo, Alfonso. 2000. "Los escribas del Códice de Madrid: metodología y paleografía" en *Revista Española de Antropología Americana* 30: 27–85. Madrid.

Landa, Diego de. 1966. *Relación de las cosas de Yucatán*. Editorial Porrúa. México.

López de Cogolludo, Diego. 1957. *Historia de Yucatán* (Prólogo de J. Ignacio Rubio Mañé). Editorial Academia Literaria. México.

Merrill, R.H. 1947. "A note on the Maya Venus table" en *American Antiquity* 13: 82–85.

Ruvalcaba Sil, José Luis; Sandra Zetina, Helena Calvo, E. Hernández et al. 2007. "The Grolier Codex: a nondestructive study of a possible Maya document using imaging and ion beam techniques" *Materials Research Society. Symp. Proc.* Vol. 1047.

Smith, Robert E. 1937. *A study of structure A-I complex at Uaxactun, Peten, Guatemala* (Carnegie Institution of Washington Publication 456; *Contributions to American Archaeology* 19). Carnegie Institution of Washington. Washington.

Sotelo Santos, Laura Elena; Francisca Zalaquett Rock, Antonio Benavides C. y Socorro del Pilar Jiménez Alvarez. 2015. "Antiguas y nuevas noticias sobre una figurilla-silbato de Jaina. Contextos, sonidos y formas" en *Estudios de Cultura Maya*, XLVI: 71-102. México: Centro de Estudios Mayas, UNAM.